

Neoliberalismo como cultura: neosujeto, empresa y Estado desigualitarista

Luis Belaustegi

Universidad del País Vasco / University of the Basque Country

Resumen

El abordaje crítico del neoliberalismo suele realizarse típicamente desde dos interpretaciones diferenciadas: como reconstitución del poder de la clase capitalista en la fase postkeynesiana del capitalismo, o desde el énfasis en una racionalidad competitiva conformadora/gobernadora de las subjetividades. Este artículo contiene una revisión de algunos aportes representativos de ambas aproximaciones, también del ámbito hispanohablante, pero es sobre todo una propuesta para avanzar un paso más: sugerimos poner en valor la potencia crítica de concebir el neoliberalismo como cultura, como programa de cambio cultural, pero desde una perspectiva conflictual, dinámica y focalizada. Con este objetivo, proponemos un tratamiento cuestionador de la cultura neoliberal inspirado en la sólida crítica de la gestión manageralista de la Cultura de Empresa que los *Critical Management Studies* han realizado durante los últimos quince años. Si la empresa es la organización que inspira el espíritu competitivo de mercado con el que el neoliberalismo intenta reconfigurar tanto la subjetividad como los servicios del Estado, es casi un dulce deber buscar en ese mismo lugar social una veta de inspiración crítica.

Palabras clave

Neoliberalismo, cultura de empresa, *Critical Management Studies*, crítica "luchaclasista", crítica "racionalitaria"

Códigos JEL: P16, I30

Fecha de recepción del original: 3 de mayo de 2016; versión definitiva: 24 de mayo de 2017.

Luis Belaustegi

Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social (Sede Bizkaia). Campus de Bizkaia, Bº Sarriena s/n, 48940-Leioa, Bizkaia

Tel.: + 34 946013113; E-mail: luis.belaustegi@ehu.eus

NEOLIBERALISM AS CULTURE: NEO-SUBJECT, ENTERPRISE AND PRO-INEQUALITY STATE

Abstract

The critical approach of neoliberalism is usually made from two different interpretations: as reconstituting the power of the capitalist class in the post-Keynesian phase of capitalism, or from the emphasis on forming a competitive rationality devoted to govern subjectivities. This article contains a review of some representative contributions of both approaches, also in the Spanish-speaking world, but is especially a proposal to go one step further: we suggest to value the critical power of conceiving neoliberalism as culture, as a cultural change program, but from a conflictual, dynamic and focused perspective. To this end, we propose a questioning treatment of neoliberal culture inspired by the vigorous criticism of the managerialist handling of the Enterprise Culture that Critical Management Studies have been conducted over the past fifteen years. If the company is the organization that inspires the spirit of competitive market that neoliberalism tries to use for reconfiguring both subjectivity and state services, is almost a sweet duty to look in that same place a source of social criticism inspiration.

Key Words

Neoliberalism, Enterprise culture, *Critical Management Studies*, class-struggle perspective criticism, "rationalitarian" criticism

JEL codes: P16, I30



Neoliberalismo como cultura: neosujeto, empresa y Estado desigualitarista

Luis Belaustegi
Universidad del País Vasco

1. Introducción

Neoliberalismo y cultura son dos conceptos reconocidamente problemáticos en ciencias sociales y de su utilización conjunta no parece que pueda derivarse otra cosa que una confusión multiplicada. Sin embargo, en las páginas que siguen proponemos identificar la “cultura neoliberal” como foco de trabajo crítico productivo con la esperanza de añadir nuevas formas de comprender y también de reaccionar ante lo que frecuentemente se nos presenta como el inevitable sino de los tiempos actuales.

En las páginas que siguen proponemos, en un primer momento, un esquema constituido en torno a las dos grandes ideas críticas sobre el neoliberalismo: la interpretación como reconstitución del poder de la clase capitalista en la fase postkeynesiana del capitalismo, de influencia marxista, de tipo más económico-estructural, donde no suele faltar el cuestionamiento de la primacía del mercado, y que denominaremos *crítica luchaclasista*; y una segunda lectura que bebe del trabajo seminal de Foucault y que pone su énfasis en una gubernamentalidad neoliberal basada en la racionalidad competitiva conformadora/gobernadora de las subjetividades –el nuevo sujeto liberal o *neosujeto* es una figura recurrente–, y a la que hemos llamado *crítica racionalitaria*. La estrategia será dejar que algunas de las obras, autores y autoras más representativos de ambas posturas delimiten el concepto de neoliberalismo, prestando transversalmente atención al papel del Estado.

Aunque la consideración de la cultura no está en absoluto ausente de ambas corrientes *luchaclasista* y *racionalitaria*, éstas han centrado sus esfuerzos explicativos en sus respectivos núcleos de interés, por lo tanto en el segundo momento del artículo nos centramos en la cultura. En primer lugar, recoge-

remos algunos elementos de la interesante crítica “culturalista” del neoliberalismo elaborada fundamentalmente desde la antropología y los estudios culturales. En segundo lugar, la gestión performativista de la cultura ha sido fundamentalmente cuestionada desde el entorno de los *Critical Management Studies* en el ámbito de la empresa, precisamente el lugar de inspiración, la metáfora dorada, de la libertad competitiva cuyos principios de actuación se quieren trasladar a los servicios y organización del Estado, y al individuo mismo. Dedicaremos espacio a conocer el concepto más operativo de cultura que los CMS utilizan y la crítica desarrollada por esa corriente sobre la gestión de la cultura en las empresas –managerialismo cultural–, para concluir estableciendo los beneficios que la traslación de esa crítica al ámbito societal nos puede reportar, con vistas a explicar la legitimación del giro desigualitarista del Estado.

2. La crítica *luchaclasista*

Autores y autoras de inspiración marxista han interpretado el auge del liberalismo de nuevo cuño a partir de los años 70 como un intento –exitoso– de restaurar el poder de las clases propietarias del capital que en buena medida se había perdido durante las décadas de desarrollo del Estado del bienestar, de la producción y el consumo de masas, de las guerras coloniales y la guerra fría contra el enemigo comunista, de las políticas keynesianas de fomento de la demanda y de los derechos sociales y laborales.

En este grupo de autores y autoras destacan los economistas Gérard Duménil y Dominique Lévy quienes desde una ac-

tualización del marxismo entienden que “el neoliberalismo es una etapa del capitalismo, la última hasta la fecha, cuyo rasgo principal es el reforzamiento del poder y de la ganancia de la clase capitalista” (Duménil y Lévy, 2010: 55). El actor social de esta recuperación sería “las finanzas”, concepto que no significa “sector financiero” sino una articulación compuesta por el sector superior de la clase capitalista y las instituciones financieras (fondos de inversión, bancos, bancos centrales, FMI, etc.), que no serían otra cosa que los aseguradores del poder y del capital de los grandes capitalistas. De esta forma, estaríamos ante una segunda reconquista de la hegemonía financiera –la primera habría tenido lugar durante el primer tercio del siglo XX– por parte de las fracciones superiores de las clases capitalistas (Duménil, 2012: 356). Siguiendo la visión marxista los autores entienden que el Estado es la instancia donde adquieren forma las relaciones de poder entre las clases, y que ese poder constituido se ejerce siempre colectivamente (Duménil y Lévy, 2010: 56). En su configuración neoliberal el Estado es clasista porque protege a las clases pudientes y da mayor libertad a las empresas y se retira de ciertos sectores de la economía, generando y asegurando un nuevo orden social de hegemonía financiera (Duménil y Lévy, 2007). Una nueva alianza de la clase managerial en detrimento de la popular estaría en la base de esta remodelación (Duménil y Lévy, 2011: 17-19).

Por lo tanto, tenemos en el autor y autora franceses una interpretación del capitalismo actual que nace de una actualización del marxismo pero conservando una mirada de tipo estructural donde las gerencias, “los que mandan” son identificadas como clase diferente de la clase capitalista, “los dueños”, sin que en su visión la cultura tenga un papel significativo al definir el nuevo liberalismo, es decir, sin considerar el neoliberalismo como cultura.

Otro autor que interpreta el nuevo liberalismo desde la lucha de clases es el geógrafo, teórico social y urbanista David Harvey, cuya *A brief history of neoliberalism* (2005) es una referencia casi obligada en las bibliografías que critican el neoliberalismo desde posiciones marxistas. La obra del catedrático británico también entiende el neoliberalismo como un intento de recuperar la tasa de beneficio por parte de las clases más pudientes pero enfatizando además la importancia del discurso neoliberal y la impregnación de ese discurso en las subjetividades (construcción del consentimiento).

Harvey suele definir el neoliberalismo en términos de teoría que afirma impulsar acciones de promoción de la libertad y el emprendizaje de los individuos como forma más adecuada de obtener el bien de la mayoría. De forma más literal y completa:

El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de éstas prácticas (Harvey, 2007: 6-7; 2008: 12, con poca diferencia entre ambas traducciones).

Por lo tanto, el planteamiento real del nuevo liberalismo no puede situarse en un juego de suma cero entre el Estado y el mercado –más mercado y menos Estado– en el que la meta extrema sería la desaparición del segundo. El planteamiento es otro: el Estado mengua en su vertiente asistencial y en áreas de la esfera económica susceptibles de liberar oportunidades de negocio privado, se trata de un Estado transformado producto del proceso de “destrucción creativa” (Harvey, 2008) que afecta también al resto de la sociedad¹, pero al mismo tiempo fuerte, tan fuerte como para crear más mercado y garantizar el desarrollo del existente aunque ello implique, paradójicamente, el crecimiento de los aparatos y presupuestos públicos destinados a tal fin (la función represora se situaría en este contexto). De esta manera se pasa del Estado del “sistema de bienestar de la población” al “sistema de bienestar corporativo” (Harvey, 2007: 55), es decir, no se reduce el Estado en lo que se refiere a subsidios, rescates de empresas, inversiones en infraestructuras empresariales, etc. El Estado sigue siendo necesario para minorar la inseguridad, pero no tanto la de los ciudadanos como la de las empresas; sigue siendo importante también en la medida en la que establece la legalidad y su cumplimiento (propiedad, patentes...) y ostenta el monopolio de la violencia (el “brazo derecho”), y para los liberales el cumplimiento de la legalidad es algo esencial, así que es una parte imprescindible en los procesos de redistribución desigualitaria de la renta mediante, por ejemplo, la ampliación de los derechos de propiedad individuales y la mengua de los comunes (sanidad, educación...) (Harvey, 2007: 175).

Esta transmutación, que parte de un Estado igualitarista concebido como garante y núcleo de la solidaridad, basado en una moral solidario-igualitaria, fundamento de la comunidad nacional y de sus sentimientos de pertenencia e identidad (Harvey, 2007: 18), no hubiera sido posible sin una nueva y seductora ética que sustituyera a la anterior. Para Harvey (2007: 8) esta nueva ética estaría basada en la extensión del valor del contractualismo de mercado –libertad para contractuar– a todos los ámbitos de la vida humana y su difusión habría comenzado por la puesta en valor y defensa de dos nociones atractivas: dignidad y libertad individuales. Para el académico británico el neoliberalismo tendría la virtud, casi vírica, de disociar y oponer mutuamente las críticas “artista” (libertarismo, multiculturalidad...) y “social” (Estado garante de la justicia social) que componían unitariamente los movimientos de protesta de los 60s. Para ello se utilizó la idea de libertad individual y su expresión en la práctica del consumo, configurando así un modo de vida que se legitimaba en la libertad de elección (pero dentro de las reglas del mercado) (Harvey, 2007: 49 y ss.).

Siendo el objetivo programático neoliberal el fomento de la competencia, se configura un mundo darwiniano donde (Harvey, 2007: 74) se preconiza la supervivencia de los más competitivos en un campo de nuevas oportunidades liberado de las constricciones estatales y de su costoso aparato buro-

¹ Naomi Klein, en su muy difundido *La doctrina del Shock* (2007) alude a que la aceptación de impopulares transformaciones “pro-mercado” se hace posible gracias a desastres (naturales o sociales, reales o inventados, incluso provocados) –o shocks– ante los que se presenta como única salida la adopción de desregulaciones y privatizaciones.

crático y asistencial. Si la virtud esencial es la competencia en todos los niveles, su modelo de racionalidad será la empresa. Esto significa que si el Estado quiere ser competitivo deberá tender a funcionar como una empresa, es decir, la necesidad de competir (unos con otros) se aplicará también a territorios, países y ciudades (Harvey, 2007: 97).

La competencia entre Estados, planteada en esos términos, promueve la reducción del salario social que mercantiliza al trabajador y desequilibra las relaciones de poder entre quienes compran y quienes venden fuerza de trabajo, máxime si pensamos que la contractualización significa descolectivización puesto que el contrato es individual (también en aras a la flexibilidad), y esto es promovido tanto en las relaciones salariales como en la protección (pensiones, salud...). Estaríamos, así, ante una *race to the bottom* (Harvey, 2007: 185), una carrera para degradar las condiciones del empleo que afecta en mayor medida a los colectivos ya previamente más desfavorecidos.

La implantación de la cultura neoliberal ha dependido de la mayor o menor fortaleza previa de los valores comunitaristas y de su plasmación en acciones de gobierno a lo largo del tiempo. Ha sido necesario generar un cambio no solo de opinión sino de cultura para que los valores de la individualidad (libertad personal y libre mercado) sustituyeran a los de la comunidad como creadores de sociedad –el gobierno de las mayorías es considerado una amenaza para las libertades individuales (Harvey, 2007: 75)–, y ese cambio no siempre ha sido completo ni limpio, como buen cambio cultural que es, porque los cambios culturales no suelen ser completamente gestionables.

Pero ¿cómo se logró ese cambio cultural, la hegemonía de esa nueva ética neoliberal? Para Harvey la asunción de la cultura neoliberal, la aceptación o el consentimiento de sus valores, sus principios y sus políticas, es tanto un proyecto teórico de reconfiguración del capitalismo como sobre todo un “un proyecto político para restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las elites económicas” (Harvey, 2007: 24), lo que exigirá “tanto política como económicamente la construcción de una cultura populista neoliberal basada en un mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual” (Harvey, 2007: 50). La idea motriz para conseguir el consentimiento fue apelar a la libertad como valor, impregnar corporaciones, medios de comunicación e instituciones de la sociedad civil, constitución de *think-tanks*, conversión de intelectuales, partidos políticos y, por último, el propio Estado. Una vez conseguido el consentimiento, el Estado podría “utilizar sus poderes de persuasión, cooptación, de soborno y de amenaza” (Harvey, 2007: 49) para mantenerlo.

El Estado desigualitario y neoliberalizado que aprecia Harvey hace lo contrario que el *welfare*, redistribuye desigualitariamente reduciendo y privatizando el salario social, favoreciendo fiscalmente a las rentas altas, cobrando por servicios que antes se proveían sin tasas y subvencionando a las empresas (los ricos y las empresas pagan cada vez menos y las rentas del trabajo cada vez más).

Por lo tanto, el neoliberalismo tiene sus principios programáticos y sus políticas para actuar en pos de los primeros. Sin embargo, existen importantes contradicciones que para Harvey revelan que en realidad se trata de un instrumento para

(re)construir el poder de clase en cada país. Por ejemplo, en la praxis neoliberal los prestatarios deben siempre asumir siempre ineludiblemente el coste de la deuda mediante las ahora tan conocidas medidas de austeridad, de forma que el riesgo consustancial al emprendizaje que legitima el beneficio queda minorado, aunque no el mismo beneficio (Harvey, 2007: 36). El caso de Grecia es un ejemplo elocuente, pero esta doctrina comenzó a aplicarse en el Nueva York de la crisis fiscal de los 70 (Harvey, 2007: 56). Así la praxis del neoliberalismo se vuelve imperial y contraria a su propia argumentación teórica. Parece bastante lógico colegir que lo único que teoría y praxis tienen en común es apoyar la hegemonía de la élite económica en última instancia, Harvey parece querer indicarnos que las contradicciones tanto teóricas como teórico-prácticas del neoliberalismo siguen el hilo común de favorecer la acumulación por parte de la clase alta. Es decir, lo que explicaría la aplicación real (y contradictoria) de las políticas e ideología neoliberal es en realidad la lucha de clases (Harvey, 2007) y, relacionado, el mantenimiento de un poder imperial de USA (argumentando motivos de seguridad, etc.) (Harvey, 2007: 104).

En suma, Harvey también entiende el neoliberalismo como un intento de las clases ricas de recuperar ingresos, pero introduce también en el foco explicativo el papel desempeñado por la cultura en la consecución del consentimiento de los individuos, es decir, los mecanismos de cambio cultural que fueron activados para conseguir que unos valores diferentes – individualismo frente a colectivismo – fueran naturalizados por las personas hasta ser socialmente hegemónicos.

En el ámbito hispanohablante Anastasio Ovejero ha realizado desde la psicología social un diagnóstico crítico y contundente de los perniciosos efectos del neoliberalismo. En su libro *Los perdedores del nuevo capitalismo. Devastación del mundo del trabajo* (2014) describe las características de la globalización neoliberal, sus contradicciones, su ideología, sus instrumentos de poder y sus negativos efectos de desigualdad creciente, pero sobre todo presta especial atención a las consecuencias psicosociales negativas del nuevo capitalismo en relación al mundo del trabajo (neoesclavitud, discriminación de la mujer, criminalización de la pobreza, riesgos laborales...).

Ovejero adopta también una posición *luchaclasista*, entendiendo la globalización neoliberal como nuevo imperialismo occidental al servicio de su capital financiero (Ovejero Bernal, 2014: 14), de las clases más ricas:

[...] la globalización neoliberal no es sino la última etapa, hasta ahora, de la ya larga lucha de clases, de forma que el control de las relaciones laborales va a ser central en su estrategia, en el sentido de conseguir que una parte importante de los recursos de la clase trabajadora pase a la clase capitalista y financiera.

Estamos ante un “cambio de tornas” con el objetivo de recuperar el poder de clase (Ovejero Bernal, 2014: 55 y 252-253), pero se trata de un diagnóstico hecho teniendo especial consideración de los aspectos ideológico-culturales que conforman el consentimiento, de forma que el catedrático de la Universidad de Valladolid continúa la cita anterior del siguiente modo:

Para conseguir todo esto y para que los propios ciudada-

nos lo acepten voluntariamente, el actual capitalismo ha creado todo un discurso ideológico, como hemos visto, absolutamente legitimador de este estado de cosas (Ovejero Bernal, 2014: 251).

Es en este contexto de lucha de clases donde hay que interpretar la transformación del aparato estatal. También Ovejero cree, respecto del Estado, que el neoliberalismo no pretende su eliminación sino “fortalecer el brazo represor del Estado y eliminar su brazo protector, *privatizando* sus funciones” (Ovejero Bernal, 2014: 29), es decir, persiguen una suerte de keynesianismo inverso (Ovejero Bernal, 2014: 159) que apoye los intereses de las clases superiores a costa de las bajas y medias. En este empeño se hace fundamental dismantelar los mecanismos de protección social y para ello se argumenta enfáticamente la falta de recursos y la crisis de deuda, eso sí, sin dar esa misma importancia a “la aprobación de unas legislaciones fiscales claramente injustas y en beneficio de los más ricos y las prácticas permisivas hacia la evasión y el fraude fiscales” (Ovejero Bernal, 2014: 254) que contribuyen grandemente a aumentar la deuda por la vía de reducir los ingresos.

Ovejero, así, establece un nexo entre la transformación del Estado en una dirección desigualitarista y securitarista, el necesario consentimiento de los sujetos en esa dirección de cambio, y la cultura del nuevo capitalismo que precisamente tiene la función de conseguir y mantener ese consentimiento. El neoliberalismo habría colonizado las subjetividades, estaría en nosotros mismos, como creyentes de una nueva y única fe (Ovejero Bernal, 2014: 34).

De esta forma, Ovejero traza un nexo explicativo entre los elementos estructurales (clases, políticas, Estado desigualitarista, mercados, corporaciones...) que suelen enfatizar los autores luchaclasistas y las subjetividades conformadas por esos elementos. Precisamente este último aspecto, nos permitirá transitar hacia el nodo central que vertebrará la otra gran corriente crítica del nuevo liberalismo: el neoliberalismo como racionalidad.

3. La crítica *racionalitaria*

Foucault es el primero en genealogizar y diagnosticar críticamente el auge del neoliberalismo, con esta concreta denominación, y a él se debe la expresión “empresario de sí mismo” (Foucault, 2007: 264), una forma de subjetividad en clara expansión que significa la interiorización de la racionalidad que se supone típica de la empresa privada, eminentemente competitiva, como forma de construcción del nuevo sujeto característico de la sociedad neoliberal. Pero ¿qué es esa racionalidad? ¿Cómo relacionarla con la idea de cultura? Foucault, al opinar que el socialismo carece de una razón o racionalidad gubernamental la define como “una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de la acción gubernamental” (Foucault, 2007: 117). Por lo tanto

la racionalidad (económica, política, administrativa, histórica, técnica, estratégica...) alude a metas, a formas de llegar a esas metas y a los cálculos que se realizan para poder hacerlo. La meta en la mentalidad de gobierno neoliberal será la competitividad (no en primer lugar el intercambio, el mercado, sino la competencia que en él tiene lugar) y el conseguirla exige unos métodos y unos cálculos, una lógica propia. Pero la racionalidad solo puede tener sede necesariamente en el individuo, el *homo economicus*, porque la globalidad de los procesos económicos son en realidad incalculables, incognoscibles, opacos (Foucault, 2007: 325). La conducta es guiada por un tipo de racionalidad que forma parte de una determinada mentalidad de gobierno, o “gubernamentalidad”, la neoliberal. Podemos entender la gubernamentalidad como un tipo de poder expresamente configurado en técnicas y tácticas orientadas a ser aplicadas sobre la gente, cuya adopción por parte del Estado supone la última etapa en la evolución de éste –*Estado de gobierno*–, aunque en sí es distinguible de él. Un Estado entre cuyos rasgos diferenciadores está su orientación a la población, la utilización del saber económico y el uso de dispositivos de seguridad para el control social.

El tratamiento ciertamente pionero de Foucault fue seminal para toda una veta crítica de autores y autoras que entienden el neoliberalismo como una forma de gobierno (gestión) y conformación de las subjetividades, pero sobre todo desde ellas mismas y no solamente como receptoras de la acción de los políticos, gestores o gobernantes.

Así, el nuevo liberalismo puede entenderse como una *racionalidad*. En el grupo de quienes critican el neoliberalismo como razón o racionalidad específica es de especial importancia el trabajo de Christian Laval y Pierre Dardot *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal* (2013). En esta obra los autores creen que:

[...] el neoliberalismo, antes que una ideología o una política económica es, de entrada y ante todo, una racionalidad; y que, en consecuencia, tiende a estructurar y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. La racionalidad neoliberal tiene como característica principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación (15).

Por lo tanto hay que entender el neoliberalismo en términos de lo que parece ser una racionalidad competencial entendida al modo de la empresa. Una vez asentada la importancia de la competencia los autores pueden continuar definiendo el neoliberalismo de forma congruente:

El neoliberalismo se puede definir como el conjunto de los discursos, de las prácticas, de los dispositivos que determinan un nuevo modo de gobierno de los hombres según el principio universal de la competencia (15).

La nueva razón del mundo es un trabajo con muchos puntos de interés que se reiteran de forma complementaria en lugares diferentes, pero lo que aquí más nos interesa es la concepción de un ser humano al que se ve capaz de calcular

costos y beneficios para su provecho individual, de tomar decisiones y por ello ser responsable de sí mismo, que debe reconfigurar de forma permanentemente las relaciones que tiene con el exterior y las que tiene consigo mismo, que debe aplicarse ininterrumpida y esforzadamente técnicas de autoconstrucción adaptativa para sobrevivir y prosperar en la relación de mercado incluso a nivel mundial; un nuevo sujeto que debe entenderse y comportarse en todos los niveles como portador de un capital a revalorizar, debe ser autodisciplinado y previsor porque está “obligado a elegir” (la educación, la seguridad, la salud, la jubilación, la propiedad...). El sujeto neoliberal debe seguir el modelo de la empresa, se trata de un individuo-empresa que se ha forjado como emprendedor en la relación de mercado competitiva (competencia como aprendizaje). Es la forma de entenderse a uno mismo, es la nueva norma social de identidad a difundir prescriptivamente.

Los profesores Laval y Dardot entienden que el sujeto neoliberal es un sujeto total, homogéneo y unitario porque ha alineado totalmente su subjetividad con la empresa, está comprometido activa y plenamente con la actividad profesional que desarrolla. Se trata del “sujeto empresarial” (Laval y Dardot, 2013: 326) que se realiza a sí mismo –lo cual produce disfrute, goce de sí– siendo productivo, rindiendo; así se configura lo que los autores llaman el “dispositivo de rendimiento/goce” que en el neoliberalismo tiene un carácter –y promesa– ilimitado: siempre más rendimiento y siempre más goce. Al parecer, si consumir y acumular, produce goce lo taimado del nuevo capitalismo reside en que proporciona y exige goce en la misma acumulación de autoproducción y automejora, en el proceso continuado de autovalorización como recurso humano, de acumulación de la inversión en la empresa que en última instancia es uno mismo. Y precisamente así se entiende la libertad en el neoliberalismo, como el reconocimiento de la capacidad de crearse un entorno propio seguro, es decir, la propiedad (Laval y Dardot, 2013: 390).

En este contexto, los autores interpretan la gestión de la cultura de empresa –*neomanagement*– como una forma de control con el viejo objetivo capitalista de mercantilizar el trabajo. Sin embargo no se trata de un control meramente exterior al individuo sino de construir (y ofrecer un ámbito de ejercicio para) una subjetividad empresarializada que engrane la (ahora) misma racionalidad del nivel individual con el nivel empresa. Es un alineamiento de subjetividades (emociones, deseos, pasiones...) donde la empresa controla “suavemente” el autocontrol de los empleados promoviendo su espíritu emprendedor y mutuamente competitivo con el resultado de promover la autoexplotación, de forma que “la gran innovación de la tecnología neoliberal consiste, precisamente, en vincular directamente la manera en que un hombre ‘es gobernado’ con la manera en que ‘se gobierna’ a sí mismo” (Laval y Dardot, 2013: 337). El resultado es el consumismo de uno mismo, la valoración de los demás y de uno según el “valor de goce”. Además, la empresarialización de uno mismo también es vista como la conexión de lo individual con lo mundial entendido como mercado y competencia, conexión que se realiza, por supuesto, a través de la empresa, que junto con el Estado son actores esenciales en la difusión del modelo de subjetivación. Pero si la competencia y el rendimiento son lo importante ello

será a expensas de los derechos de ciudadanía, de forma que las prestaciones públicas serán entendidas como una transacción con contraprestaciones por parte de ciudadano.

Nos interesa esa visión del neosujeto porque nos habla de identidad y fusiona dos líneas de reflexión, la neoliberal y la de los divulgadores del emprendimiento como Peter Drucker, que para Laval y Dardot:

[...] pretende extender y sistematizar el espíritu de empresa en todos los dominios de la acción colectiva, muy particularmente el del servicio público, haciendo de la innovación el principio universal de organización. Todos los problemas se pueden resolver dentro del “espíritu de gestión” y con la “actitud managerial”; todos los trabajadores deben contemplar sus funciones respectivas y su compromiso para con la empresa con los ojos del manager (Laval y Dardot, 2013: 155).

El ciudadano con derechos que los servicios públicos deben satisfacer se convierte en usuario-consumidor que evalúa el servicio, de forma que no solamente se deja a las empresas más margen legal para autorregularse sino que se intenta administrar lo público como una empresa privada, creando situaciones de competencia, vigilando, evaluando, contabilizando el cumplimiento de objetivos y vinculando a ellos las remuneraciones en una tendencia a sustituir el derecho público y el estatuto funcional por el derecho contractual privado. Es el nuevo *management* público o nuevo gobierno empresarial (Laval y Dardot, 2013: 308 y ss.). Pero lo interesante es que esta gestión empresarializada de lo público no solo es reflejo del cambio al hombre neoliberal, sino también el instrumento de propagación de ese modelo de ser humano. Y aun más: al mismo tiempo la necesidad de fiscalización permanente evidencia que el sujeto-consumidor ha perdido los valores comunitaristas y la confianza a la que esos valores le hacían acreedor; hay una trasmutación del ciudadano, el sujeto cívico por el individuo utilitarista.

En realidad Laval y Dardot utilizan poco el término cultura y bastante poco el término identidad. No obstante, la mejor forma de entender su libro es pivotando sobre la descripción de las características e implicaciones del sujeto neoliberal; es decir, de la nueva identidad neoliberal. Como los autores aprecian, el cuestionamiento de los derechos de ciudadanía implica en realidad cuestionar los principios morales y la cultura misma de las democracias liberales (Laval y Dardot, 2013: 388). Por lo tanto, unos principios morales y una cultura propios de las democracias occidentales sería sustituida por otra, la neoliberal, que legitima al tiempo que promueve la relación entre personas en términos de competencia, maximización del rendimiento y control total (de los otros y de sí); esto puede ser entendido como un cambio cultural que implica la exigencia de la reconstrucción de la identidad del sujeto en esos nuevos términos. En estas páginas defendemos que si el sujeto es importante como foco del análisis crítico, si su identidad es gestionada como producto consumible a través de la manipulación simbólica (Laval y Dardot, 2013: 373), una aproximación cultural puede ser un buen complemento para comprender,

también críticamente, la construcción de las nuevas subjetividades.

En esta misma línea de interpretación crítica de base foucaultiana ha trabajado Verónica Gago con su recientemente publicado libro *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular* (2015). La autora analiza los procesos de subjetivación que existen en un contexto como el latinoamericano donde se han generalizado los gobiernos “progresistas” o “postneoliberales” como reacción popular ante los experimentos neoliberales de cambio estructural y ajuste que surgieron y se consolidaron aprovechando regímenes dictatoriales y fuerte represión política. Pero lo que realmente constituye su foco de interés son las condiciones que hacen que una “empresarialidad popular”, es decir un “neoliberalismo popular” o “desde abajo”, medre sin el amparo del poder estatal gestionado por los mencionados gobiernos “postneoliberales”, y lo haga además con la vitalidad necesaria –en su sentido amplio– como para tejer subjetividades y colectividades, es decir, para producir existencia de manera efectiva más allá de mero cálculo económico-mercantil con el que se ha caracterizado al nuevo liberalismo.

Así, Gago descubre en “La Salada”, el mercado ilegal más grande de América Latina (feria, taller textil clandestino, villa receptáculo de inmigración y lugar festivo) un neoliberalismo popular, informal pero instituyente y sin un Estado que lo impulse; una economía popular capaz de fusionar el cálculo racional neoliberal e individualista con la creación de comunidad:

Se trata de un impulso vital [la voluntad de progreso] que despliega un cálculo en el que se superpone una racionalidad neoliberal con un repertorio de prácticas comunitarias produciendo como efecto lo que llamamos neoliberalismo desde abajo (Gago, 2015: 36, adición mía con palabras de la autora).

Es decir, el neoliberalismo popular tiene también la capacidad de movilizar y crear comunidad, las víctimas de la racionalidad neoliberal somatizan esa forma de gubernamentalidad pero –y esta es la novedad– lo hacen de forma creativa, mixturada, mutante, podríamos decir inevitablemente humana y por ello generadora de colectividad puesto que el ser humano no perdería su carácter instituyente. A pesar de ello, no se lee el nuevo liberalismo en términos de cultura, y tampoco la descubierta capacidad de crear comunidad es interpretada como capacidad de crear una cultura mestiza pero al mismo tiempo resistente a la neoliberal. La opción de Gago es considerar la cultura desde la etnicidad y la interculturalidad, como elemento descriptivo más que como categoría explicativa esencialmente crítica².

² La noción de “abigarramiento”, que parcialmente utiliza para describir La Salada, parece referirse finalmente a una mezcla de etnias y culturas sin llegar a la completa fusión homogeneizada, pero productiva desde el punto de vista de sus posibilidades de generar cambios político-sociales (Gago, 2015: 91-92).

4. La crítica al managerialismo cultural y la empresa como modelo

4.1. El neoliberalismo como cultura, desde fuera de la empresa

Como hemos visto, la consideración de la cultura no es completamente ajena a las dos perspectivas críticas, entendidas desde la generalidad de cada una, sin embargo, la disciplina científica casi recién llegada que más ha reflexionado sobre la relación entre neoliberalismo y cultura es la antropología. Según Ferguson (2010: 171) algunos antropólogos han identificado el neoliberalismo con “un tipo de meta-cultura global, característica de nuestros recientemente desregulados, inseguros y especulativos tiempos”. Mathieu Hilgers (2011) identifica una corriente de autores que ven el neoliberalismo como cultura, constituida por representaciones y prácticas compartidas pero vinculadas a lo material y lo estructural, una cultura inestable pero configuradora de orientaciones políticas (352-353). Así, se puede encontrar en la obra de Jean y John L. Comaroff reflexiones muy interesantes sobre el auge de la etnicidad-empresa, es decir, la introducción de comunidades étnicas en la economía de consumo mediante la transformación en mercancía de su etnicidad –por ejemplo, los pueblos indígenas mediante el turismo–, y viendo en ese proceso una colectivización de la idea de emprendizaje tan característicamente neoliberal (Comaroff y Comaroff, 2011: 216), una economía de la identidad.

Mathieu Hilgers ve otra área de investigaciones sobre cultura neoliberal con una orientación no tan generalizante como la de los Comaroff puesto que seleccionan bien grupos culturales concretos o bien temáticas específicas. Entre estos autores menciona a Boltanski y Chiapello para quienes el conjunto de valores que forman un “nuevo espíritu del capitalismo” es difundido mediante la formación de las élites (Hilgers, 2011: 354), los mandos, mediante un discurso de empresa que compagina principios morales formales y globales, con ejemplos concretos y paradigmáticos (Boltanski y Chiapello, 2002: 53).

Otro autor, Jim McGuigan, trata extensamente el lado cultural del capitalismo actual, es decir, interpreta críticamente las políticas culturales públicas como difusoras de la ideología neoliberal, una ideología que estaría formada por representaciones distorsionadas de la realidad que configurarían la cultura general y el sentido común o subjetividad de las personas (McGuigan, 2014) con el resultado de legitimar las desigualdades y las relaciones de dominación (2005). Sintetizar las políticas culturales con las políticas económicas reflejaría esa primacía de las ideas y valores del libre mercado y de las corporaciones que se aprecia en la mercantilización creciente de la cultura (McGuigan, 2005; McGuigan y Gilmore, 2002).

McGuigan concibe la cultura como objeto de moldeamiento mediante políticas culturales, y a través de esa influencia las subjetividades son también conformadas³; esto no significa

³ Basándose en el materialismo cultural de Raymond Williams (2000: 150-158) recientemente el autor ha propuesto que existe una “estructura de sentimiento neo-

que la presión de la triunfante ideología neoliberal del libre mercado y de la soberanía del consumidor sea siempre determinante y única. Sin embargo en los *Cultural Studies* el escenario productivo está ausente (McGuigan, 2006: 154), y ese es precisamente el escenario predilecto de otro tipo de estudios culturales: los de la gestión de la empresa. En efecto, al entender la cultura como objeto de una reingenierización ilegítima y con fines performativos el profesor de Loughborough adopta una posición que tiene bastantes puntos en común con la que podemos encontrar en el tratamiento que los *Critical Management Studies* hacen de la gestión cultural en la empresa, tanto en su posicionamiento crítico como desde la consideración de lo que es y lo que le sucede a la cultura en el capitalismo actual.

Entre quienes interpretan el neoliberalismo como cultura no están ausentes diferentes combinaciones de rasgos luchasclastas y racionalitarios. En la literatura latinoamericana sobre neoliberalismo cultural de principios de este siglo, y en lógica correspondencia con la pluralidad cultural del continente y con los efectos de las duras y pioneras reformas pro-mercado aplicadas, podemos encontrar simultáneamente rasgos *luchasclastas*, que abundan en la idea de colonialismo cultural occidental aceptado por las elites autóctonas y orientado a la implementación de reformas estructurales mercantilizadoras y, sobre todo, rasgos *racionalitarios* como la idea de un difusionismo cultural orientado a reprogramar el *sentido común* de las personas, incluyendo la reeducación del ciudadano como empresario (Borón, 2001; Grimson, 2007; Mato, 2007; Ortiz Gómez, 2013; 2014).

En esta línea, Miguel Ángel Contreras, en una obra reciente, ha llamado “neoliberalización espiritual” a la naturalización social y cultural de la idea neoliberal que difunde vigorosamente formas de subjetivación que suponen la mercantilización del espíritu (2015: 20); es decir, la concepción de la sociedad como suma de individualidades se entendería como un logro cultural del neoliberalismo. En definitiva, Contreras critica la colonización cultural de origen occidental en Latinoamérica, pero haciendo hincapié en la modalidad concreta de racionalidad neoliberal que ese difusionismo cultural expande.

4.2. La cultura desde la empresa: una visión simbolista

Los *Critical Management Studies*, Estudios críticos de la Gestión o el Gerenciamiento, han tomado la gestión de la cultura de empresa como uno de sus temas privilegiados de interés (Alvesson, 1993; Knights y Willmott, 1989; Knights y Willmott, 1987; O’Reilly y Chatman, 1996; Willmott, 1993; 2013). Matts Alvesson, figura preeminente de esta corriente, adopta la concepción de Frost *et al.* (1985: 17) cuando éstos aluden a aquellos autores que buscan sensibilizar sobre los aspectos

liberal” creciente, en pugna con otra socialdemócrata menguante, y que “[...] no es solo cuestión de ideas y emociones. Se inscribe en los modos habituales de conducta y las prácticas rutinarias que gobiernan la vida cotidiana de manera principalmente no reconocida y semiconsciente” (McGuigan, 2016: 23). Esta inserción de la ideología neoliberal en la cultura como estructura del sentir neoliberal (que incluye la idea del emprendizaje individual en todos los ámbitos) es lo que los integrantes del Coloquio Walter Lippmann, acta fundacional del neoliberalismo en 1938, perseguían.

soft y menos tangibles de la vida organizacional: “hablar de cultura organizacional parece significar hablar sobre la importancia que para la gente tiene el simbolismo –los rituales, los mitos, las historias y las leyendas–, y sobre la interpretación de los sucesos, ideas y experiencias que están influenciadas y conformadas por los grupos en los que las personas viven”. A estos elementos Alvesson añadiría los valores y asunciones sobre la realidad social, pero dejando claro que “los valores son menos centrales y menos provechosos que los significados y el simbolismo para el análisis cultural” (Alvesson, 2002: 3). Así, encarrilado en la corriente simbolista e interpretativa sustentada por antropólogos como Geertz (1987; 2001), el académico sueco entiende la cultura como “un sistema de significados y símbolos comunes [...] [que es] central para dirigir la comprensión de la conducta, los eventos sociales, las instituciones y los procesos. La cultura es el escenario en el que esos fenómenos se tornan comprensibles y cobran significado” (Alvesson, 2002: 3-4, la adición es mía), o lo que es equivalente: “la cultura es conceptualizada como un sistema más o menos cohesionado de símbolos y significados, en cuyos términos tiene lugar la interacción social” (Alvesson, 2002: 5).

En consecuencia, los significados y los símbolos constituyen un elemento esencial para la comprensión de la cultura. Los significados se refieren a la manera en la que se interpreta un objeto o enunciado y por ello implica que poseen un vínculo de relación o expectativa para con otros elementos. Es el significado de algo lo que hace que ese algo sea importante. Los símbolos serían objetos –palabras, aseveraciones, tipos de acciones o elementos materiales– que concentran y comunican complejos conjuntos de significados. Desde una óptica organizacional, en ambos casos, serían aquellos significados y símbolos que están compartidos, más que los individuales, los que tendrían un interés especial desde el punto de vista de la investigación cultural (Alvesson, 2002: 4).

Para Alvesson lo que los impulsores de la gestión cultural de la empresa verdaderamente persiguen no es otra cosa que el ejercicio del poder simbólico, es decir, un *control cultural* entendido en términos de gestión de símbolos, es decir, perteneciente al ámbito de los significados y cuya meta última sería llegar a conformar una *identidad* alineada con los objetivos empresariales, una forma de afrontar los problemas que implica la integración social; es decir, se trataría de satisfacer la necesidad gerencial de cooperación fluida por parte de las personas y los grupos que trabajan en un proyecto (Alvesson, 1985: 48; Alvesson y Billing, 2009: 121) siempre de forma subordinada a la dirección de la empresa, puesto que de lo que se trata es de reproducir y fortalecer aquel tipo de consenso, solidaridad, integración y homogeneización que ofrezca legitimidad y carta de naturaleza al orden social existente, en contra de las tendencias hacia la desintegración, y en evitación del conflicto (Alvesson, 1987: 203). De esta forma es posible incluso una novedosa definición de cultura corporativa eminentemente crítica con la gestión: “La cultura corporativa, como expresión de poder puede ser vista como esfuerzos sistemáticos para establecer una cierta visión del mundo, un particular conjunto de valores y/o emociones entre los empleados de la corporación” (Alvesson, 2002: 124).

4.3. La creación del neosujeto neoliberal a través de la gestión cultural de la empresa

El otro padre fundador del CMS, Hugh Willmott, ha señalado la tendencia de esta corriente sobre la gestión de la cultura en la empresa criticándola como un intento de las gerencias por “asegurarse la devoción y la productividad de los empleados” (Willmott, 2013: 470), una idea que tuvo notable difusión en uno de sus textos más conocidos *La fuerza es la ignorancia, la esclavitud es la libertad: la gestión de la cultura en las organizaciones modernas* (Willmott, 1993), y que fue acertadamente resumida por Fernández Rodríguez en los siguientes términos:

La tesis de Willmott es que, en nombre de una nueva autonomía para el trabajador, se amplía la esfera de control de la gestión, al colonizar el ámbito privado del empleado a través de una apelación a los sentimientos. [...] Se hace uso de los valores culturales que apelan a la libertad para, de forma paradójica, emplearlos como una tecnología de control cultural que actúa como un poderoso instrumento de dominación. [...] Esa imposición de significados modela las subjetividades y elimina la reflexión crítica: tras su discurso liberador se esconde una racionalidad instrumental extendida al ámbito afectivo (Fernández Rodríguez, 2007: 10-12).

Otros autores, en esta misma línea, han subrayado que esa conformación de una subjetividad empresarializada pasa por la gestión de las emociones, por ejemplo Van Maanen y Kunda (1999; 1989) han defendido que el interés gerencial por la cultura organizacional es esencialmente un interés por controlar/gestionar las emociones de los empleados, lo cual posibilita su conceptualización como tecnología social disciplinaria y de desactivación de las reivindicaciones laborales (Montes Cató y Pierbattisti, 2007: 9). A través de la gestión cultural las gerencias perseguirían un control/autocontrol emocional que configuraría una nueva subjetividad plenamente coincidente con el *neosujeto* que la crítica *racionalitaria*, y en algunos casos también la *luchaclasista*, dibujaban con tanto detalle.

Con pocos matices, hay bastante consenso en los autores CMS y aledaños en concebir crítica y negativamente las diferentes elaboraciones empresariales emparentadas con la gestión de los valores y el pensamiento –por ejemplo, Gestión Total de la Calidad, Gestión de los Recursos Humanos, Reingeniería del Proceso de Negocio, Aprendizaje Organizacional...– como formas de control y colonización de las subjetividades de los empleados. Así, el gusto por gerenciar los elementos simbólicos de la organización, o *culturalismo empresarial* se puede concebir desde una visión crítica y en la misma línea que ya apreciábamos en Alvesson, como una tecnología social de control de la fuerza de trabajo.

En este sentido, algunos autores críticos (du Gay, 1990; 2003; 2004; Miller y Rose, 1990; Rose, 1991; Rose, 1992; 1999; Silver, 1987) conciben el discurso gerencial sobre cultura organizacional como ideológicamente orientado por el (neo) liberalismo, y lo hacen utilizando la “conexión moral”, es decir,

desvelan la nueva conexión entre la moral, el auge de la cultura de empresa de la excelencia –o “discurso de empresa”–, y el programa político, social y económico del neoliberalismo del que la cultura de empresa forma parte, en claro enfrentamiento a la cultura burocrática que en las democracias tiene la función de *separar* la moral privada de la vida pública. Lo que la cultura de empresa busca y representa no es la separación de ámbitos –como en cambio persigue la cultura burocrática– sino la supeditación de todos ellos al *ethos* empresarial:

[...] una concepción determinada de la persona como empresario, derivada de una esfera específica de la existencia y justamente correspondiente a ella (el orden de vida del mercado), se impone a otros campos de la vida (cada uno de los cuales ha dado origen a sus propias concepciones y prácticas de la individualidad). Esta situación desdibuja los límites entre las distintas esferas y, a mi entender, pone en tela de juicio las libertades e igualdades fundadas en el “arte de la separación” (du Gay, 2003: 272).

Du Gay (1990: 58) cree que “gobernar es una operación congénitamente fallida” porque entre la realidad y su simbologización –valdría decir, culturalización– siempre hay un margen que en mayor o menor medida frustra los intentos de control. La necesidad de gestionar este mismo margen es, sin embargo, lo que impulsa los nuevos intentos de gobernar.

4.4. Cultura de empresa como parte del discurso legitimante neoliberal

Para esos autores en las democracias liberales la “cultura de empresa” conecta de una forma específica tres elementos de tipo político, institucional y ético, como son la mentalidad de gobierno, las tecnologías humanas –promueven o constriñen de forma calculada capacidades de los individuos de forma vinculada a saberes como la psicología (Rose, 1991) y con objetivos concordantes con la racionalidad imperante–, y la ética –evaluación que los individuos hacen de sí mismos y de sus acciones, relacionada con lo que entienden por verdadero o falso, permitido o prohibido, deseable o indeseable (Rose, 1992: 144-145). La visión empresarial –incluyendo el nuevo concepto de empresa tomado como fundamento del ataque neoliberal a las organizaciones del sector público (du Gay, 2004)– habría colonizado el espacio de racionalidad que la acción de gobierno precisa (Rose, 1991: 98) utilizando las tecnologías sociales necesarias para realizarse gestionando y alineando las subjetividades, e incidiendo en la esfera ética de forma concordante:

El neoliberalismo es, así, más que un fenómeno en el ámbito de la filosofía política. Constituye una mentalidad de gobierno, una concepción de cómo las autoridades deberían utilizar sus poderes para acrecentar el bienestar nacional, los fines que debieran perseguir, los males que debieran evitar, los medios que debieran utilizar y, sobre todo, la naturaleza de las personas sobre las que deberían actuar (Rose, 1992: 145).

El trabajador es concebido como un sujeto en búsqueda de autorrealización, significados e identidad, y el trabajo es el lugar en el que esa búsqueda encuentra su meta, siempre como parte de un determinado estilo de vida, vida que se concibe como un negocio (du Gay y Salaman, 1992: 629), de forma que la autorrealización en la vida se prescribirá éticamente como la gestión exitosa de un negocio. Mediante la expansión del “discurso de la empresa” y la consiguiente conformación de una nueva “mentalidad de gobierno” empresarializada se pretende que el trabajador asuma la idea de que es el comprador de su propia fuerza de trabajo, psicologizando e internalizando el conflicto de interés entre empleador y empleado. Además, las posibles vías de salida a las situaciones conflictivas –por ejemplo, las dificultades de encaje de los trabajadores mayores en la categoría de autoempresarios que prescribe la cultura de empresa (Ainsworth y Hardy, 2008)– operan también en el nivel individual, es decir, el sujeto-empresario es más permeable aun a las soluciones ofrecidas por la misma moral que presentó la internalización o psicologización del conflicto como algo lógico y dado por sentado. De esta forma, el conflicto entre quien verdaderamente compra y quien verdaderamente vende fuerza de trabajo es invisibilizado y deja de ser una opción que explique las cosas del trabajo y de la vida.

La forma de sostener el legitimante discurso de la libertad individual, y la satisfacción de los (renovados) objetivos individuales y sociales –la situación en la Gran Bretaña de Thatcher suele ser el ejemplo– sin la omnipresencia “separante”, y por ello desmoralizante de un Estado cuya reducción se busca, pasa por una reconstitución cultural y semántica –vocabulario de empresa– que refleje la nueva racionalidad; así el concepto “cultura de empresa” representaría ese nuevo programa político neoliberal en el que la *gubernamentalidad* busca vías alternativas de control a las estatal-burocráticas que suponen el desarrollo de diversas técnicas orientadas a promover el autocontrol de los individuos:

Las autoridades políticas no buscarán ya gobernar a los individuos mediante órdenes en todas las esferas de su existencia, desde la más íntima a la más pública. Los individuos mismos, en tanto trabajadores, gerentes, o miembros de familias, se pueden movilizar en colusión con objetivos políticos para conseguir crecimiento económico, éxito empresarial o felicidad personal. Los programas de gobierno pueden utilizar y depender de una compleja red de tecnologías –en gestión, en marketing, en publicidad, en la capacidad de instrucción de los medios de comunicación de masas– para educar a los ciudadanos en técnicas orientada a gobernarse a sí mismos (Miller y Rose, 1990: 28).

Estos autores intentan explorar la vinculación entre las concepciones sobre la propia subjetividad y la compleja red de relaciones existente entre los individuos y el poder político (Rose, 1992: 143). Una moral que se basa en el “discurso de empresa” empresariza también al individuo, y lo hace moralmente a través de la cultura corporativa:

El esquema de empresa es presentado como modelo no solo para orientar la actividad económica, sino para la tota-

lidad de la actividad humana. Los ciudadanos individuales deberían ser empresarios de sí mismos y de sus vidas; la vida individual debería ser estructurada como un grupo de empresas, económicas y no económicas (Gordon, 1987: 314).

En definitiva, identificado como discurso moral el “discurso de empresa” (du Gay y Salaman, 1992: 627 y ss.) que nutre el culturalismo gerencial y que persigue la gestión de la cultura, sus valores, identidades, y de la moral misma, el CMS desarrolla y orienta una crítica también moral hacia esa pretensión, basada en el desvelamiento de este “discurso de empresa” y de la gubernamentalidad que se nutre de él. El neosujeto no puede existir y desarrollarse sin la nueva cultura y la nueva moral que la impregna, una moral individualista que acepta el darwinismo social y la exclusión como procesos naturales, e incluso como realidades moralmente “merecidas” por los excluidos, puesto que el otro polo de la exclusión y la pobreza es el éxito y ambas caras son necesarias para constituir la moneda única de la legitimación.

5. El Estado desigualitarista, Estado competencial

En efecto, el programa neoliberal no persigue la anulación del Estado sino su reconfiguración: fortalecimiento del aparato securitario y mengua del asistencial, lo que significa un debilitamiento del Estado de bienestar que genera exclusión (Heras Pinilla, 2004); y ello precisamente en el momento en el que la reconfiguración postfordista de la actividad productiva y la competencia global, entre otros aspectos, añaden nuevos tipos de desigualdades (Torres López, 1999) que requerirían una nueva articulación más completa y socialmente integrada de las políticas públicas de inclusión (Subirats *et al.*, 2004). Por lo tanto, sin el efecto paliativo del Estado de bienestar las desigualdades sociales, antiguas y nuevas, aumentan sustancialmente en las sociedades de mercado.

Allá donde el *welfare* busca construir proyectos de vida en común la apertura de nuevos ámbitos para la lucha competitiva de mercado tiende a deshacerlos. A pesar de que la crisis económica actual ha contribuido a aflorar situaciones de desigualdad que afectan a partes cada vez mayores de la población, en realidad la “maquinaria de producción de desigualdades” ha estado funcionando incluso durante el periodo de bonanza económica –bonanza debida en buena medida al gasto posibilitado por el endeudamiento, en contextos de precariedad y contención salarial⁴–, un tiempo desaprovechado para consolidar nuevos mecanismos de protección social acordes al nuevo contexto, algo apreciable en el caso de España (FOESSA, 2014: 44 y ss.).

⁴ Entre 1994 y 2007, año este último del inicio de la crisis, el *salario medio* entre los trabajadores y trabajadores aumentó el 1,9%, prácticamente congelado (Pereda *et al.*, 2013: 5).

El Estado desigualitarista no es aquel que se abstiene de la intervención social como se abstiene de la intervención económica al estilo *laissez-faire*; el Estado desigualitarista toma el imperativo de la competencia como guía central de su acción transformadora, de la sociedad, de las empresas, de los sujetos y de su propia organización. Pero no se trata de una competencia limitada, contextualizada o suficiente. Como principio que es, la competencia remite a un desarrollo ulterior y ascendente que no tiene fin, es un proceso, es una progresión, es una dirección sin estación de llegada, es un trabajo de cotejo y superación permanente –la idea de competencia compete consigo misma–. La función del Estado es, como ha quedado reflejado en el primer apartado de este artículo, generar y mantener espacios de competencia, mercados. Por lo tanto, el Estado desigualitarista es un estado competencial que genera, como resultado de las situaciones de competencia maximizada, vencedores, supervivientes y perdedores; pero no genera para estos últimos un proyecto estable y positivo de identidad, más allá de la posibilidad de purgar la pena de inadaptación mediante el credo del emprendizaje (Moruno, 2015), o bien ser sujetos de criminalización o necropolítica (Valverde Getafell, 2015).

En este sentido, a favor de la disminución del *welfare* se ha argumentado que el gasto social no condicionado inhibe el emprendizaje y la creatividad, provoca la dependencia de la ayuda estatal y genera una deuda pública (Pontilla Marcial, 2005: 111) que, por diferentes vías, cercena las posibilidades de crecimiento económico y creación de empleo, algo que sin embargo, no habría que aceptar rápidamente como un axioma (Banerjee *et al.*, 2015; Navarro, 2000: 57 y 109).

El Estado de bienestar es integrador, lo cual significa protección y estabilidad y, en consecuencia, desmercantilización parcial del trabajo humano como basamento de unos derechos de ciudadanía que han atenuado el conflicto social en las economías capitalistas⁵. En otras palabras, la función del Estado de bienestar es corregir las desigualdades provocadas por el mercado para conseguir la cohesión social, mientras que el Estado desigualitarista desconsidera ese elemento a favor de la relación comercial de competencia entre los sujetos como constituyente esencial del vínculo social. En estas páginas defendemos que el Estado transformado por el neoliberalismo necesita de un intenso trabajo cultural para ocultar/legitimar la desigualdad estructural, la descohesión social que inevitablemente provoca. Aun más, creemos que esta gestión cultural de los símbolos y los significados es uno de sus pilares básicos y definitorios, al tiempo que uno de los más débiles.

La cultura neoliberal impulsa un tipo concreto de libertad, la autoriza y la bendice (impulsa la conformación de identidad con respecto a ella), pero también legitima la utilización de la coerción con los no creyentes, o incluso de quienes con su mera existencia niegan el discurso oficial (criminalización de la pobreza). Es el lado prescriptivo y represor contra quienes suponen un obstáculo al ejercicio de la libertad competitiva.

⁵ Como resumen Köhler y Martín Artiles (2010: 529) “[...] los derechos de desmercantilización no son otros que los propios derechos sociales, los derechos de ciudadanía. Y los derechos de ciudadanía son la base constitutiva del Estado de bienestar contemporáneo”.

Pero la prescripción no se puede desarrollar eficaz y completamente sin la masa crítica necesaria que valide el sistema, sin el concurso de un aparato estatal que crecientemente se retrae de su función securitaria y protectora necesariamente vinculada con la intervención en la economía y el mercado, mientras que crece con fuerza en la represión disciplinaria de la protesta y el delito que su propia retracción contribuye a provocar (Rose, 2000; Wacquant, 2010a; Wacquant, 2010b). Además, en ambos movimientos de retracción y expansión no dejan de abrirse nuevas oportunidades de acumulación para algunas minorías.

6. Corolario: la cultura neoliberal como programa legitimador de desigualdades sociales y exclusión

Nuestra propuesta es que entender e interpretar la cultura “al modo CMS”, es decir, como símbolos y significados gestionados de forma que produzcan identidades acordes con el proyecto de empresa neoliberal, puede ayudar a despertar el tipo de sensibilidad crítica capaz de captar los procesos de neoliberalización que afectan a los Estados, las empresas y las subjetividades. Trasladar esa noción de cultura, y su intención cuestionadora, desde el ámbito de la empresa al (inter)societal también nos habilita para trasladar igualmente su inherente crítica ética: el discurso neoliberal promueve un ideal de libertad/éxito al que solo se puede llegar mediante un proceso de autoconstrucción tan estricto que de hecho será inalcanzable para las mayorías cuyo consentimiento es, no obstante, necesario.

Nuestra invitación a entender el neoliberalismo como cultura –como un proyecto ideológico de gestión cultural con alcance societal–, de forma similar a como ha sido estudiada críticamente en la empresa posibilita, como decimos, una nueva perspectiva que tiene la virtud de congregar algunos de los elementos más importantes de las corrientes *luchaclasista* y *racionalitaria*, pero sin pretender sustituir a ninguna de ellas. Para ello nos basamos en que la gestión cultural de la empresa persigue crear un nuevo tipo de sujeto *creyente* en los valores neoliberales y en su racionalidad instrumental y competitiva particular, y en que ese mismo modelo se extenderá a la gestión de las organizaciones públicas –gobernanza y *New Public Management* (Angulo Sánchez, 2010; Puello-Socarrás, 2008; Wastell *et al.*, 2010)– y a la sociedad en general, utilizando crisis y políticas de “conmoción y pavor” (Klein, 2007) (como desastres naturales, crisis de deuda, de primas de riesgo, conflictos bélicos, políticas monetaristas recesivas...), así como aprovechando el poder de imprimación de la industria informativa, de la cultural y del sistema educativo, para construir una “cultura populista neoliberal” hegemónica (Harvey, 2007: 50). La difusión del nuevo sujeto emprendedor y competitivo aparece como un resultado buscado del cambio en algunas organizaciones clave, pero es más que eso, es también la fuerza legitimadora de esa misma dirección de cambio y, por lo tanto, de la transformación desigualitarista del Estado.

Desde una visión culturalista se puede sostener que las clases superiores ejercen una presión de reconfiguración cultural conformadora de un neosujeto liberalizado, es decir, un sujeto que naturalice el esquema de símbolos y significados sin los que no se puede realizar la acción calculadora que llamamos racionalidad neoliberal, incluyendo la aceptación y, por ello, la realización *a posteriori* de los cambios estructurales e institucionales típicos que conforman una configuración desigualitarista del Estado y que pasan por el socavamiento del Estado de bienestar con derechos de ciudadanía y el obligado tránsito hacia el *workfare* (Peck, 1998) paternalista (Chahbenderian, 2016: 79), disciplinario (Wacquant, 2012) de tipo contractualista, con su corolario de pérdida de ciudadanía social (Handler, 2003), políticas sociales basadas en transferencias condicionadas de ingresos que conciben al ciudadano como consumidor (Chahbenderian, 2016), y emergencia de la pobreza laboral (Moreno Márquez, 2008: 146). Por otro lado, estos mismos cambios estructurales entre los que tienen importancia los económicos pero sobre todo los políticos, materializados *a priori*, también impulsan el embebimiento en la nueva cultura –la conversión del individuo en sujeto *creyente*– porque ofrecen las claves de explicación, interpretación y adaptación a ese nuevo marco estructural, las claves del “éxito personal”.

No podemos dejar de mencionar al menos dos ideas-fuerza del nuevo liberalismo que nos permiten pergeñar una crítica de fondo. La primera se refiere a su concepción del sujeto humano como individualista, calculador, competitivo y emprendedor. La segunda es la *prescriptividad* del modelo anterior, puesto que no se trataría sólo de cómo es el sujeto humano sino sobre todo de cómo *debe ser*: tan importante es el mantenimiento de la libertad individual que, llegado el caso, incluso debe de ser defendida de las decisiones de la mayoría, es decir, de la democracia. Estamos ante la “libertad obligatoria”, probablemente la primera y mayor contradicción del neoliberalismo. Esta prescriptividad pasa necesariamente por un duro trabajo de gestión cultural.

La relación competitiva (como negación de la economía dirigida) entre las personas es vista por los nuevos liberales como la única capaz de mantener las libertades individuales “que hay que mantener” y al mismo tiempo constituir el vínculo social, el hilo en base al cual se puede construir un armonioso tejido social. Y es esa noción clave de competitividad la que convierte la idea de que “es deseable que los hombres *puedan* desarrollar sus propias dotes e inclinaciones individuales” (Hayek, 2007: 43, la cursiva es nuestra) en una obligación en muchas ocasiones no ya para el éxito personal, sino para la propia supervivencia. Así, el programa neoliberal puede ser interpretado como una tecnología social de control individual y colectivo, que además necesita negarse en cuanto tal control tras sus emblemas de propugnar una vida digna y libre. La denuncia culturalista puede ayudar en esta tarea de desvelamiento.

La libertad que da nombre al viejo, y también al nuevo, liberalismo se entiende como el despliegue de las características del sujeto humano individual, y la libertad colectiva como un agregado. Estamos, ciertamente ante una “guerra cultural” por la construcción de significados hegemónicos que legitimen o no la acción desigualitarista del nuevo Estado, de ahí que comenzando por el mismo concepto de ser humano las

aproximaciones críticas culturalistas, con la operatividad que les puede proporcionar el haberse enfrentado ya a la gestión neoliberal en la empresa, pueden prestar un buen servicio al cuestionamiento de la libertad obligatoria, a denunciar una gestión de la cultura que intenta naturalizar la idea de una sociedad como “campo de batalla”, donde priman la competencia y la desconfianza, donde se puede definir como prescindibles o incluso culpables a buena parte de sus integrantes, una sociedad que se pergeña poco solidaria y que a la postre se convierte en poco sólida, en la que la que las libertades individuales no suman la libertad colectiva, en la que el vínculo social se quiere entender unidimensionalmente de forma economicista y contractualista, en la que la parte mercado se come al todo comunidad y, contrariando a Milton Friedman desde la experiencia de las últimas décadas, en definitiva, una sociedad en la cual el aumento de la libertad no parece haber significado una mayor igualdad, sino una merma de ambas.

Bibliografía

- AINSWORTH, S. y HARDY, C. (2008): "The Enterprising Self: An Unsuitable Job for an Older Worker", *Organization*, 15-3, pp. 389-405.
- ALVESSON, M. (1985): "Organizations, image and substance: some aspects on the cultural context of cultural management research", *Dragon. The SCOS journal*, 2, pp. 45-55, [http://www.scos.org/page9/page12/assets/Dragon%201\(2\).pdf](http://www.scos.org/page9/page12/assets/Dragon%201(2).pdf) (acceso: 7-12-2010).
- ALVESSON, M. (1987): *Organization theory and technocratic consciousness. Rationality, ideology, and quality of work*. De Gruyter studies in organization 8. Berlin y Nueva York: Walter De Gruyter.
- ALVESSON, M. (1993): "Cultural-ideological modes of management control: a theory and a case study of a professional service company", *Communication Yearbook* 16, pp. 3-42.
- ALVESSON, M. (2002): *Understanding organizational culture*. Londres y Thousand Oaks, Calif.: SAGE.
- ALVESSON, M. y Billing, Y. D. (2009): *Understanding gender and organizations*. Thousand Oaks, CA: SAGE Publications.
- ANGULO SÁNCHEZ, N. (2010): "Gobernanza y crisis del neoliberalismo", *Entelequia: revista interdisciplinar*, 11, pp. 240-259, <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3266923&orden=264481&info=link> (acceso: 29-10-2015).
- BANERJEE, A. V., HANNA, R., KREINDLER, G. y OLKEN, B. A. (2015): "Debunking the Stereotype of the Lazy Welfare Recipient: Evidence from Cash Transfer Programs Worldwide", *Working Papers. Center for International Development at Harvard University*, HKS Working Paper No. 076, https://www.hks.harvard.edu/content/download/78636/1764769/version/1/file/Welfare_Hanna_308.pdf (acceso: 25-4-2016).
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo. Cuestiones de antagonismo*. Madrid: Akal.
- BORÓN, A. A. (2001): "Sobre mercados y utopías: la victoria ideológico-cultural del neoliberalismo", *Cadernos de Estudos Sociais Recife*, 17 (2), pp. 179-188.
- COMAROFF, J. L. y COMAROFF, J. (2011): *Etnicidad S.A.* Buenos Aires: Katz.
- Contreras Natera, M. Á. (2015): *Crítica a la razón neoliberal. Del neoliberalismo al posliberalismo*. México, D. F.: Akal.
- CHAHBENDERIAN, F. (2016): "La política social estadounidense: los programas asistenciales bajo la lógica del 'workfare'", en De Sena, A. (dir.) (comp.), *Del ingreso universal a las transferencias condicionadas, itinerarios sinuosos*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, pp. 71-82.
- DU GAY, P. (1990): "Enterprise culture and the ideology of excellence", *New Formations*, 13, pp. 45-61.
- DU GAY, P. (2003): "Organización de la identidad: gobierno empresarial y gestión pública", en Du Gay, P. y Hall, S. (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Madrid: Amorrortu, pp. 251-280.
- DU GAY, P. (2004): "Against 'Enterprise' (but not against 'enterprise', for that would make no sense)", *Organization*, 11 (1), pp. 37-57.
- DU GAY, P. y SALAMAN, G. (1992): "The cult(ure) of the customer", *Journal of Management Studies*, 29 (5), pp. 615-633.
- DUMÉNIL, A. (2012): "En la actual crisis de hegemonía financiera, los capitalistas como 'aprendices de brujo' perdieron el control y todo se incendió", *Análisis Económico*, XXVII (66), <http://www.redalyc.org/pdf/413/41326845015.pdf> (acceso: 15-1-2016).
- DUMÉNIL, G. y LÉVY, D. (2007): *Crisis y salida de la crisis. Orden y desorden neoliberales. Sección de obras de economía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DUMÉNIL, G. y LÉVY, D. (2010): "Una teoría marxista del neoliberalismo", en Roja, C. (comp.) *Materiales para entender la crisis. Recopilación de textos críticos*. Cuadernos teoría praxis, pp. 55-63, <http://www.corren-troig.org/IMG/pdf/CF1-1.pdf> (acceso: 20-7-2012).
- DUMÉNIL, G. y LÉVY, D. (2011): *The crisis of neoliberalism*. Cambridge, Mass. y Londres: Harvard University Press.
- FERGUSON, J. (2010): "The Uses of Neoliberalism", *Antipode*, 41, pp. 166-184.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. J. (2007): "Postmodernidad y teoría crítica de la empresa. Una presentación de los Critical Management Studies", en Fernández Rodríguez, C. J. (comp.) *Vigilar y organizar: una introducción a los Critical Management Studies*. Madrid: Siglo XXI, pp. 1-24.
- FOESSA, F. (2014): *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación FOESSA y Cáritas Española Editores.
- FOUCAULT, M. (2007): *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- FROST, P. J., MOORE, L. F., LOUIS, M. R., LUNDBERG, C. C. y MARTIN, J. (1985): *Organizational culture*. Beverly Hills: Sage Publications.
- GAGO, V. (2015): *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Mapas 42. Madrid: Traficantes de Sueños.
- GEERTZ, C. (1987): *La interpretación de las culturas. Temas de Historia, Antropología y Etnografía*. Barcelona: Gedisa.
- GEERTZ, C. (2001): "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La interpretación de las culturas*. Antropología. Barcelona: Gedisa, pp. 19-40.
- GORDON, C. (1987): "The soul of the citizen: Max Weber and Michel Foucault on rationality and government", en Lash, S. y Whimster, S. (comps.) *Max Weber, rationality and modernity*. Londres: Allen & Unwin, pp. 293-315.
- GRIMSON, A. (2007): "Introducción", en Grimson, A. (comp.) *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 11-15.
- HANDLER, J. F. (2003): "Social Citizenship and Workfare in the US and Western Europe: From Status to Contract", *Journal of European Social Policy*, 13 (3), pp. 229-243.
- HARVEY, D. (2005): *A brief history of neoliberalism*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- HARVEY, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo. Cuestiones de antagonismo*. Tres Cantos: Akal.
- HARVEY, D. (2008): "El neoliberalismo como destrucción creativa", *Apuntes del CENES*, 27 (45), pp. 10-34, <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4949778.pdf> (acceso: 29-10-2015).
- HAYEK, F. A. (2007): *Camino de servidumbre*. El libro de bolsillo. Madrid: Alianza.
- HERAS PINILLA, M. P. d. I. (2004): "Las políticas públicas como instrumento en la lucha contra la exclusión social", *Temas para el debate*, 116, pp. 19-24.
- HILGERS, M. (2011): "The three anthropological approaches to neoliberalism", *International Social Science Journal*, 61 (202), pp. 351-364.
- KLEIN, N. (2007): *The shock doctrine. The rise of disaster capitalism*. Nueva York: Metropolitan Books/Henry Holt.
- KNIGHTS, D. y WILLMOTT, H. (1989): "Power and subjectivity at work: from degradation to subjugation in social relations", *Sociology. The Journal of the British Sociological Association*, 23, (4), pp. 535-558.
- KNIGHTS, D. y WILLMOTT, H. C. (1987): "Organizational Culture as Management Strategy: A Critique and Illustration from the Financial Services Industry", *International Studies of Management & Organization*, 17 (3), pp. 40-63.
- KÖHLER, H.-D. y MARTÍN ARTILES, A. (2010): *Manual de la Sociología del Trabajo y de las Relaciones Laborales*. Madrid: Delta Publicaciones Universitarias.
- KUNDA, G. y VAN MAANEN, J. (1999): "Changing Scripts at Work: Managers and Professionals", *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 561 (1), pp. 64-80.
- LAVAL, C. y DARDOT, P. (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. 360° Claves contemporáneas. Barcelona: Gedisa.
- MATO, D. (2007): *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires: CLACSO.

- McGUIGAN, J. (2005): "Neoliberalism, culture and policy", *International Journal of Cultural Policy*, 11 (3), pp. 229-241.
- McGUIGAN, J. (2006): "The politics of cultural studies and cool capitalism", *Cultural Politics*, 2 (2), pp. 137-158.
- McGUIGAN, J. (2014): "The Neoliberal Self", *Culture Unbound*, 6, pp. 223-240.
- McGUIGAN, J. (2016): *Neoliberal culture*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- McGUIGAN, J. y GILMORE, A. (2002): "The millennium dome: Sponsoring, meaning and visiting", *International Journal of Cultural Policy*, 8 (1), pp. 1-20.
- MILLER, P. y ROSE, N. (1990): "Governing economic life", *Economy and Society*, 19 (1), pp. 1-31, <http://kenrogers.org/archive/items/show/93> (acceso: 27-2-2012).
- MONTES CATÓ, J. y PIERBATTISTI, D. (2007): "Las relaciones de trabajo y la cuestión del poder: apuntes para la comprensión de la dominación y la resistencia en los espacios laborales", Comunicación presentada en *V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, Montevideo, del 18 al 20 de abril, <http://www.ceil-piette.gov.ar/areasinv/retrabajo/rrttpub/07pmcpuruguay.pdf> (acceso: 11-6-2010).
- MORENO MÁRQUEZ, G. (2008): "La reformulación del Estado del bienestar: el workfare, las políticas activas de empleo y las rentas mínimas", *Zerbitzuan*, 43, pp. 143-154.
- MORUNO, J. (2015): *La fábrica del emprendedor. Trabajo y política en la empresa-mundo*. Pensamiento Crítico. Madrid: Akal.
- NAVARRO, V. (2000): *Neoliberalismo y Estado del Bienestar*. Ariel Sociedad Económica. Barcelona: Ariel.
- O'REILLY, C. A. y CHATMAN, J. A. (1996): "Culture as Social Control: Corporations, Cults, and Commitment", *Research in Organizational Behaviour*, 18, pp. 157-200.
- ORTIZ GÓMEZ, M. G. (2013): "¿Neoliberalismo autogestivo? La Cultura de Autogestión para el Desarrollo como herramienta analítica", *Contextualizaciones Latinoamericanas*, pp. 1-12.
- ORTIZ GÓMEZ, M. G. (2014): "El neoliberalismo como proyecto cultural global", *Revista Internacional de Economía y Gestión de las Organizaciones*, 3 (1), pp. 29-42.
- OVEJERO BERNAL, A. (2014): *Los perdedores del nuevo capitalismo. Devaluación del mundo del trabajo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PECK, J. (1998): "Workfare: A Geopolitical Etymology", *Environment and Planning D: Society and Space*, 16 (2), pp. 133-161.
- PEREDA, C., ACTIS, W., DE PRADA, M. Á. y (COLECTIVO IOÉ) (2013): *Expansión del neoliberalismo y políticas sociales. Una lectura de la crisis desde el Barómetro Social de España*. Madrid: Grupo Cooperativo Tangente, http://barometrosocial.es/archivos/BSE2011_PolSoc.pdf (acceso: 25-4-2016).
- PONTILLA MARCIAL, O. C. (2005): "Política social: del Estado de Bienestar al Estado Neoliberal, las fallas recurrentes en su aplicación", *Espacios Públicos*, 8 (6), pp. 100-116, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67681607> (acceso: 25-4-2016).
- PUELLO-SOCARRÁS, J. F. (2008): "¿Un nuevo neo-liberalismo? Emprendimiento Nueva Administración de 'lo público'", *Administración & Desarrollo*, 49, pp. 7-37.
- ROSE, N. (1991): "Experts of the Soul", *Psychologie und Geschichte*, 3, (1/2), pp. 91-99.
- ROSE, N. S. (1992): "Governing de enterprising self", en Heelas, P. y Morris, P. (comps.) *The Values of the enterprise culture. The moral debate*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 141-164.
- ROSE, N. S. (1999): *Governing the soul. The shaping of the private self*. Londres y Nueva York: Routledge.
- ROSE, N. S. (2000): "Government and control", *British Journal of Criminology*, 40, pp. 321-339, <http://kenrogers.org/archive/archives/files/0f68614acbf59432f8e1deba195db69c.pdf> (acceso: 27-2-2012).
- SILVER, J. (1987): "The Ideology of Excellence: Management and Neo-Conservatism", *Studies in Political Economy*, 24, pp. 105-129, <http://spe.library.utoronto.ca/index.php/spe/article/view/13214/10098> (acceso: 27-2-2012).
- SUBIRATS, J., (dir.), RIBA, C., GIMÉNEZ, L., OBRADORS, A., GIMÉNEZ, M., QUERALT, D., BOTTOS, P. y RAPOPORT, A. (2004): *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Colección Estudios Sociales. Barcelona: Fundación la Caixa.
- TORRES LÓPEZ, J. (1999): "Nuevas expresiones de la desigualdad social", *Revista de estudios regionales*, 54, pp. 147-160.
- VALVERDE GETAFELL, C. (2015): *De la necropolítica neoliberal a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización*. Barcelona: Icaria editorial.
- VAN MAANEN, J. y KUNDA, G. (1989): "'Real feelings': emotional expressions and organizational culture", *Research in Organizational Behavior*, pp. 43-103.
- WACQUANT, L. (2010a): "Crafting the Neoliberal State: Workfare, Prisonfare, and Social Insecurity", *Sociological Forum*, 25, pp. 197-220.
- WACQUANT, L. J. D. (2010b): *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Sociología/Política. Barcelona: Gedisa.
- WACQUANT, L. (2012): "Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism", *Social Anthropology*, 20 (1), pp. 66-79.
- WASTELL, D., WHITE, S., BROADHURST, K., PECKOVER, S. y PITHOUSE, A. (2010): "Children's services in the iron cage of performance management: street-level bureaucracy and the spectre of Švejkism", *International Journal of Social Welfare*, 19 (3), pp. 310-320, <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1468-2397.2009.00716.x/pdf> (acceso: 5-6-2012).
- WILLIAMS, R. (2000): *Marxismo y literatura*. Historia-Ciencia-Sociedad. Barcelona: Península.
- WILLMOTT, H. (1993): "Strength is ignorance; slavery is freedom. Managing culture in modern organizations", *Journal of Management Studies*, 30 (4), pp. 515-552.
- WILLMOTT, H. (2013): "'The Substitution of One Piece of Nonsense for Another': Reflections on Resistance, Gaming, and Subjugation", *Journal of Management Studies*, 50 (3), pp. 443-473.